

10 de junio.—La presencia de Dorga me había impedido prestar la menor atención al médico indio, al famoso Saib Khan, que estaba en el palco con el marqués. Apenas recordaba sus ojos de mujer, sus negros ojos de hurí, en un rostro barbudo. Pero el marqués ha bajado hoy a la biblioteca con Saib Khan y he podido observar holgadamente a éste.

Saib Khan tiene más bien el tipo afgano. Es guapo. En aquel país son muy guapos. Está menos bronceado que los príncipes indios de las orillas del Ganges. Su severa faz se halla rodeada por una barba de jade muy cuidada, que termina en punta. Tiene una poderosa estatura, que recuerda la de Sangor, con anchas espaldas y fina cintura. Va vestido y calzado admirablemente, con una elegancia sencilla e impecable. Comprendo su poder sobre las mujeres y la turbación que inspira. Parece tan seguro de sí mismo, que casi es imposible permanecer sin inquietud frente al doble misterio de sus ojos de mujer y de su boca carnícera.

¿Dónde he visto ya esta peligrosa sonrisa, esta sonrisa de dientes de tigre? ¡Ah, sí! *En los retratos.* Sobre todo en el de Luis Juan María Crisósto-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARÍA"
Apto. 1425 MONTERREY, MEXICO

mo, el primero de los cuatro... Y la misma sonrisa, siempre algo feroz, pero de menor potencia, vaga todavía de vez en cuando sobre los labios epicúreos de Jorge María Vicente...

Ambos se han interesado por mis trabajos, que consisten, de momento, en destacar los documentos más raros y preciosos que se encuentran amontonados de cualquier modo en un rincón de la biblioteca, y que habrá que clasificar y reunir con arreglo a un plan establecido por mí libremente y con arreglo a mis gustos. El marqués está lejos de ser un ignorante. En él he encontrado, no un coleccionista cuco, porque esta colección no le debe nada o casi nada, sino un verdadero erudito muy al tanto del movimiento literario en los dos siglos últimos. Eso no se puede negar, no se puede negar... Y por lo visto, en sus viajes se ha interesado mucho por las bibliotecas... Hemos tenido una larga discusión sobre la de Florencia, sobre el manuscrito de Longo, sobre la famosa mancha de tinta de Pablo Luis Courier... No da la razón a Pablo Luis, que trata tan a la ligera un *crimen semejante*... Yo no sabía que el marqués estuviera tan enamorado de Dafnis y Cloe; pero todo esto es literatura. La realidad es Dorga.

Así pensaba yo y así pensaba seguramente Saib Khan, cuya sonrisa se dilataba sobre la brillante amenaza de su fiera mandíbula...

Luego se fueron, y, por lo visto, salieron inmediatamente del palacio, porque oí en el patio de honor el ruido de un *auto* que se alejaba.

Casi a continuación se abrió la puerta que daba al pequeño vestíbulo y apareció la marquesa.

—¿Dónde ha aprendido todo eso?—musitó dirigiéndose hacia mí—. ¿Puede usted decírmelo? Jorge María Vicente tuvo una instrucción muy descuidada, según él mismo refiere. ¡Si nunca ha sabido

decirme el nombre de su preceptor!... Así es que...

Había escuchado detrás de la puerta. Por lo tanto, no se notaba que físicamente estuviera mejor. Continuaba *la manía*. Aquella manía absurda que ahora me hacía mirarla con una tristeza infinita. No se equivocó ante mi actitud. Por eso me dijo:

—¿Verdad que le doy pena? Cristina habrá excitado su compasión...

Y en voz más baja agregó:

—¿Está Cristina?

—No. Acaba de salir.

—Mejor, porque así podremos hablar—dijo la marquesa—. Supongo que le habrá contado lo de «la manía»... Aquí todos me creen loca... Y hay momentos en que me gustaría morir... Pero me da miedo la muerte... Sí, sí... Hay momentos en que temo a la muerte más que a todo... Y quizá algún día le cuente la causa de ello..., a menos que usted no la adivine... Temo a la muerte, temo a la vida, temo a Saib Khan. Es todopoderoso... Puede todo lo que es posible poder... De haberme podido arrancar la manía del cuerpo como se arranca una muela, lo habría hecho tiempo ha... Le conocí en la India... Ninguna manía se le resiste... ¿Por qué no ha triunfado conmigo?... Porque en mí la manía es un reflejo de la realidad... ¿Comprende usted?... Saib Khan ha de obrar, no contra una quimera, sino contra una verdad viva y natural... Y contra eso no se puede hacer nada... Aunque Saib Khan mandase al Himalaya que desapareciera no se movería lo más mínimo de su base, ¿verdad? Pues bien: tampoco está en su poder dispersar el hasta hoy inseparable e indestructible bloque de los Coulteray... ¿Me ha comprendido usted?... ¿Me ha comprendido?

Y poniendo sobre mi mano su mano ardiente, agregó:

—Le aseguro que es lo mismo.

Sus inmensos ojos buscaban los míos. Y yo no me atrevía a mirarla para que no viera toda la lástima que me inspiraba.

—¡ Oh, señora!... Una mujer como usted, con su inteligencia... Cuidado, señora... No hay en el mundo cosa más temible que lo maravilloso. Es un reino en el que se extravían los espíritus más fuertes... Con ciertas ideas, señora, no se puede jugar.

—¡ Jesús!—exclamó—. ¿Acaso parece que juego? Hablo muy en serio. Es un hecho que Jorge María Vicente no ha recibido ninguna instrucción. Sólo el primero de los cuatro, o de los cinco, incluyendo al actual, sólo Luis Juan María Crisóstomo, que era uno de los más disipados caballeros de la corte de Luis XV, fué también un sabio.

—Un sabio—dije yo—muy hablador. Hacía frente a Duclos. Brillaba ante Holback. Escribió artículos para la gran enciclopedia.

—Veo—asintió la marquesa—que no le enseñó nada nuevo. Había sido educado por su tío, el obispo de Fréjus. Pues bien, señor Masson: le aseguro que la conversación que ha tenido hace poco con Jorge María Vicente no hubiera sido posible de no haber recibido Luis Juan María Crisóstomo aquella educación.

Me estremecí.

—De todos modos, señora, permítame que le diga que Pablo Luis Courier, en tiempo de Luis XV, aun no había manchado de tinta el manuscrito de Longo.

—Sólo faltaba—objetó frunciendo los labios—que me tomara usted por una necia. He querido decir que sin aquella educación, sin los recuerdos clásicos que implica, Jorge María Vicente no se interesaría por los tesoros de la biblioteca de Florencia.

—Perdone, señora; pero hay algo que, aparte

de todo, me ha asombrado siempre. Y es la solidez de la instrucción clásica que tiene el marqués.

—¿Verdad que sí?...

Nuevamente brillaron sus ojos y me cogió la mano...

—¡ Ay!—exclamó—. Si usted quisiera ser amigo mío...

Pronuncié unas cuantas palabras de adhesión. Me inquietaba su agitación súbita... Lamentaba estar solo con ella. Hubiera querido ver aparecer a Sangor o al mismo Sing-Sing...

—Creo que usted me comprendería... ¡ Si no me comprende nadie, seré la cosa más miserable del mundo!... Ni Saib Khan ni Cristina quieren comprenderme... Cristina me toma por una loca... Saib Khan, por una enferma... Y me resucita a pesar mío... ¿Por qué me resucita?... ¿Por qué me resucita para el otro?... Como no sea su cómplice... Acabaré creyéndolo así... Porque me da horror la vida que Saib Khan me devuelve a costa de grandes dolores... Y sin embargo, *¡me está prohibida la muerte!*... ¡ Ay, amigo mío! ¿No ha ido usted nunca al castillo de Coulteray? ¿No lo ha visitado?... Es un castillo de los que llaman históricos... Está entre la Turena y la Sologne... La capilla es una obra maestra comparable a la iglesia de Brou... Pero lo que me atrae de ella no son sus encajes góticos, no... Hay que bajar a la cripta, donde están las tumbas de los Coulteray... ¡ Y la tumba de Luis Juan María Crisóstomo está vacía!... Le digo que está vacía... ¿Comprende usted?

—No, no comprendo.

Se impacientó ante mi resistencia a la comprensión.

—Además—agregó—, es la última tumba de los Coulteray... ¡ No hay otra!... Y es que los Coulteray no se mueren.

—¡Es que han muerto en el extranjero, señora!

—Bien, bien... Pero le repito que la tumba está vacía.

—Eso son efectos de la Revolución... ¡Cuántas tumbas están así!...

—No, no... La Revolución no tiene nada que ver... Al día siguiente del día en que se bajó a la cripta el cuerpo de Luis Juan María Crisóstomo, se encontró la lápida fuera de su sitio y el sepulcro vacío...

—¿Y qué?

—¿Y qué?... ¿No conoce usted la historia de los Coulteray?... Le creía más enterado acerca de Luis Juan María Crisóstomo... Antes me decía usted que escribió artículos para la gran enciclopedia... Sólo escribió uno, nada más que uno... ¿Sabe usted sobre qué? ¿Conoce el tema?... Espere un momento que voy a buscarlo.

Se fué y quedé aturdido por aquella conversación asombrosa y que me pasmaba por su incoherencia. Para mí ya no cabía la menor duda sobre la locura de aquella mujer... Al cabo de unos minutos volvió presurosa.

—Aprisa, aprisa—exclamó—. Llévese este paquete a casa, procurando disimularlo... Léalo y se enterará de todo... Sing-Sing está en la escalera... Sangor viene... ¡Adiós!

Sobre la mesa, delante de mí, había dejado un paquetito envuelto en un periódico de modas y atado con una cinta negra... Lo escondí debajo de mi chaqueta y volví a mi casa... Estaba convencido de que por fin iba a saber qué era *lo otro*...

XI

¡REZAD POR ELLA!

A las diez de la noche todavía leía yo tras las ventanas cerradas de mi taller... Ahora ya sé qué es *lo otro*... ¡Es algo increíble para nuestra época!... Ahora comprendo por qué me repetía de aquella manera terrible *tengo miedo a la muerte*... Si tiene tanto miedo a la vida... Y también comprendo el sentido que daba a la frase *me está prohibida la muerte*...

Han llamado a mi puerta... Oigo la voz de Cristina... ¿Cómo se atreve a visitarme a semejante hora?... ¿Y para qué? Voy a abrir... La acompaña su novio, Jaime Cotentin, a quien me presenta... Esta tibia noche de junio han ido a dar una vuelta por los muelles, y al regreso han visto luz en mi casa... Ella, aprovechando la ocasión, ha querido darme las buenas noches...

... Y entraban ambos como en casa de un viejo amigo de la familia... Nunca había visto tan de cerca al carnicero facultativo, ni, a decir verdad, me entusiasmaba recibirle; pero la idea de que Cristina no le amaba y de que le engañaba me lo hacía muy soportable.

Vi que dentro de sus trazas cachazudas tenía unos ojos de miope, grandes, azules, inteligentes

y pensativos. No sé si se daba perfecta cuenta de que estaba en mi casa. Me pareció que estaba en la luna, como muchos sabios, aunque ello no se avenía con su edad.

—¿Le ha dado la marquesa el paquete?—preguntó Cristina sentándose—. Ya lo habrá leído, ¿verdad? Vengo de parte del marqués para rogarle que lo guarde todo en esta casa o que lo destruya. En todo caso, no se lo devuelva. Son los papeles que la han puesto mala. ¿Conoce usted ya el punto de partida de todas sus imaginaciones?

—Si no me equivoco, es esto—dije poniendo la mano sobre un opúsculo titulado *Los más célebres brucólacos*. «Brucólaco» es la palabra que usaban los griegos para designar lo que la superstición moderna conoce con el nombre de «vampiros».

Esta obra, impresa en París durante la Revolución, hablaba con la mayor seriedad del mundo de esos seres a quienes se cree muertos y no lo están y que de noche salen de sus tumbas para alimentarse con la sangre de los vivos mientras duermen... Algunos de estos vampiros, cuyos nombres se citan, vuelven ahitos a su sepultura. En ellas han podido ser sorprendidos algunos de ellos, sobre todo en Hungría y en Alemania del Sur. *Tenían un color bermejo. Sus venas estaban todavía hinchadas de la sangre que habían chupado, y no había más que abrirlas para ver que aquélla manaba tan fresca como la de un joven de veinte años...* Algunos no vuelven jamás a su tumba, porque le tienen horror... Son, desde luego, los más peligrosos, porque no hay ninguna razón para desembarazarse de ellos. No se sabe dónde encontrarlo, y se confunden con el resto de los mortales, cuya vida agotan en provecho de su prolongación indefinida.

Puede decirse que la única manera para des-

truír un «brucólaco» es reducir sus despojos a cenizas, luego de haberle cortado previamente la cabeza... Pero ¿cómo tener la seguridad de que se está frente a un brucólaco, a menos de que se le encuentre rojizo en su tumba?...

El último nombre de brucólaco citado en el opúsculo era el del marqués Luis Juan María Crisóstomo de Coulteray, cuya vida, sobre todo durante los últimos años del reinado de Luis XV, había sido un espanto para los padres de familia que tenían hijas bonitas y casaderas. Aquellos honrados burgueses se habían creído libres del monstruo con su muerte. Pero al día siguiente de ella se enteraron de que Luis Juan María Crisóstomo había abandonado su sepulcro, al que jamás había vuelto.

Numerosos eran los testimonios de personas que aseguraban haberle visto rondar de noche alrededor de sus mansiones. Muchachas y mujeres jóvenes que habían cometido la imprudencia de dormir con la ventana o el balcón abierto fueron encontradas a la mañana siguiente en un estado de absoluta extenuación. Y no se tardó en adquirir la prueba (mediante el descubrimiento de una herida tras el oído) de que el vampiro había pasado por allí.

Finalmente, añadía el opúsculo que el destino de aquellas jóvenes era tanto más funesto cuanto se da por seguro desde la más remota antigüedad que las víctimas, cuando mueren, se convierten también en vampiros...

Todas las obras que yo había encontrado en el paquete atado con una cinta negra trataban el mismo tema. Eran «Historias horribles y espantables de lo que ocurrió y aconteció en el barrio Saint-Marcel a la muerte de un mísero «brucólaco». Aparecidos, fantasmas y otros que se resisten a abandonar la tierra», «Cómo se alimentan los vampiros», un «Tratado sobre la manera de vivir los

brucólacos en sus sepulcros y fuera de sus sepulcros», y, finalmente, el famoso artículo de Crisóstomo de Coulteray que se había publicado en la primera edición de la *Gran Enciclopedia*, y en el que el autor hablaba de los vampiros con un aplomo y una ciencia que hubieran asustado de no mover a la sonrisa...

Entre otras muchas cosas, se leía esto:

«Como es sabido, se da el nombre de vampiro a un muerto que sale de su tumba para atormentar a los vivos. Les chupa la sangre... *A veces, les oprime la garganta como para estrangularlos; entre los vampiros parece rota toda especie de afecto, porque persiguen preferentemente a sus amigos y a sus parientes...*», etc., etc.

—¿Comprende usted—preguntó Cristina con triste sonrisa—por qué el marqués deseaba que la marquesa se dedicara a otro género de lectura?... Ahora ya conoce usted todas sus miserias, entre las cuales la peor de todas es ésta, para lo cual le pide el más absoluto secreto. *¡No le gusta hacer el ridículo!*

—¿El ridículo?

—En nuestros días, un vampiro divertiría a París. Si se enterasen de que la marquesa cree que su marido pasa las noches chupándole la sangre, habría risa para todo el año en los salones, en Montmartre y en las revistillas teatrales... ¡Por eso la vigilar tanto! Bastaría una palabra imprudente para que Jorge María Vicente tuviera que acogerse al Tibet...

Y como yo no dijera nada, Cristina continuó:

—¿Nunca le ha enseñado la llaguita que tiene en el cuello?... ¿No? Quizá la tenga curada de momento... Pero en cuanto le salga un granito en la espalda, ya se lo comunicará... Pasa usted, amigo mío, por las etapas que ya me ha infligido a mí...

El granito será para ella el orificio por el cual el horrible marqués le roba la sangre y la vida... ¡No lo tome a risa!...

—Nada de eso—repuse—. El marqués tiene, desde luego, motivo para temer el ridículo; pero, de todos modos, la más digna de lástima es ella.

—Tiene usted razón—afirmó Cristina con la mayor seriedad—. ¡Hay que rogar por ella!

—¡Rogad por ella!—repitió una voz que hasta entonces apenas se había dejado oír.

Me sorprendió el tono con que Jaime Cotentin había pronunciado aquellas palabras.

—¿No cree usted en los vampiros, caballero?—le pregunté sonriendo.

Y Cotentin me contestó:

—Creo en todo y no creo en nada. Vivimos en una época en que el milagro de ayer crea la industria del mañana. En todos los terrenos chocamos con hipótesis contradictorias. La ciencia circula insegura por el caos de interrogaciones que es nuestro pequeño mundo. ¿Hay muchos mundos? Edgard Poe, uno de nuestros más grandes filósofos (hablo en serio), ha demostrado mediante una serie de ecuaciones que hay mucho mundo y, por lo tanto, muchos dioses. Otros han demostrado que sólo hay uno; pero no están de acuerdo en quién sea. El dios de Sócrates, de Descartes, no tiene nada que ver con el de Pascal, ni, sobre todo, con el de Spinoza... ¿Deísmo? ¿Panteísmo? ¿Dónde está la verdad?... ¿Y me pregunta usted si hay vampiros, si es posible que un solo Coulteray haya vivido ciento cincuenta o doscientos años?

»Yo no sé nada, caballero—pregó con su voz algo profesoral y afectada por una laringitis crónica—. Se trata nada menos que del secreto de la vida y de la muerte, en el que aun no hemos penetrado, pero que no desesperamos de violar al-

gún día... ¿Dónde empieza la muerte? ¿Dónde empieza la vida?... ¡En todas partes y en ninguna! ¡No hay principio ni fin! ¿Qué vemos? ¿Qué observamos? Transformaciones, movimientos que vuelven a empezar y que pudiéramos llamar latidos del corazón de Dios... He aquí lo que la experiencia nos ha enseñado... Una cosa que se cree muerta no es más que vida en sueño... Llegará un día, caballero, en que la ciencia, como hoy hemos hecho para la electricidad con la botella de Leyde, introducirá en un frasco los elementos de esta vida dispersos en lo que actualmente creemos que es la muerte... ¡Y ese día habremos vuelto a crear la vida!... ¡Habremos sacado la vida de la muerte, como en principio se puede sacar radium de esta mesa!... Mientras tanto, no puedo más que decir: «¡Rogad..., rogad por la marquesa!... ¡Rogad por quienes creen en los vampiros y por quienes no creen!... ¡Rogad por mí!... ¡Y que Jesús, que es la bondad misma, tenga compasión de todo el mundo!...

—Rogad también por mí—dije volviéndome a Cristina.

—Amén—pronunció ella con la gravedad y religiosidad que tenía cuando iba a oír misa a San Luis de la Isla.

Me estrecharon la mano y se fueron.

XII

EL HOMBRE DE LOS BRAZOS ROJOS

¡No, no era cualquier cosa el prometido! ¡Vaya cabeza la que tenía! Lo que contaba era famoso. Cristina, por lo que veo, no debe aburrirse entre su padre, el relojero que busca el movimiento continuo, y su novio, el estudiante que busca algo parecido en sus estudios sobre las pulsaciones del corazón de Dios.

El caso es que yo le tenía lástima. Y entre esas cuatro paredes deben de llevar una vida moral de singular intensidad. ¡Claro está que no cuento a Gabriel!

No lo cuento, pero no dejo de pensar en él.

Gabriel, huelga decirlo, me interesa más que la marquesa. Su secreto me afecta más.

Naturalmente, no puedo separar de mi mente a Gabriel de Cristina.

Después de las confidencias de la señora Langlois he procurado sorprenderlos a ambos, presenciar de lejos sus castas efusiones...

Pero mis vigiliass han sido inútiles.

Gabriel no se me ha aparecido más que en la punta del cincel de Cristina, en el rostro que ella dibuja amorosamente en la placa argéntea.

Estoy acostumbrado a sufrir y a que no se den

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2025 MONTERREY, MEXICO

cuenta de mis sufrimientos; pero llegará día en que gritaré, en que será preciso que grite...

¡Oh, Dios mío! Haced que ese día tarde todo lo posible, porque será el día final...

Es evidente.

Hace dos días que la marquesa me entregó los libros y folletos sobre «brucólacos». Desde entonces no la he vuelto a ver...

Y estoy encantado de ello.

Le tengo lástima, pero me fastidia.

Quisiera que me dejase un poco a solas con mis pensamientos, que ahora pertenecen exclusivamente al trío Cristina-Jaime-Gabriel.

Procuro sacar aparte *el papel* de Cristina en la extraña comedia sangrienta, que tiene algo de grotesco y algo de criminal.

Pero no llego a aislarla.

Cristina se me representa muy amable con su prometido Jaime y muy tierna con su... ¿qué?... Gabriel.

Porque ¿qué es Gabriel?

¿Y qué soy yo, en fin de cuentas?

¿Acaso intervengo yo en esa historia del corazón?... Creo que sí... *Hay momentos en que creo que sí...* Claro está que es muy poco, poquísimo; pero no soy difícil de contentar... Me bastaría con tan poca cosa... Decididamente, me figuro *que para ella no soy un simple espectador...*

¿Desvarío? Poco antes escribía que ella no se daba cuenta de nada y que yo tendría que gritar algún día... Por lo tanto...

Pensándolo bien, ¿cómo admitir que una joven inteligente no haya visto nada, absolutamente nada, del drama que se desarrolla bajo mi máscara?

¡Admitámoslo!... Pero, entonces, ¿por qué graba el perfil del otro delante de mí?...

¡Qué necio soy!... ¿Acaso ella está enterada de que yo conozco al otro?

Mas ¡qué importa!... Un perfil tan bello, comparado con mi fealdad, ¿no es para que yo prorrumpe a gritos?

¡Ay de mí!... *Quizá espera que grite...*

¿Total? Que estoy enfermo... Y no me atrevo a mirar hacia el desenlace de esta enfermedad...

¡Me enveneno con una alegría!... ¡Sé que la curación no es posible, y no la quiero!... ¡Busco el aire que respira y que quiere compartir conmigo, como un intoxicado busca el estupefaciente!... Frecuentemente, llego el primero, y aguardo..., aguardo...

En todo el día no la he visto. Es un poco fuerte.

Por lo demás, ¡no he visto a nadie!

Y esta noche estoy completamente dispuesto a montar la vigilancia en la guardilla... Si no veo a Gabriel, quizá vea a ella... Es raro que esta mañana, antes de marcharme yo, no haya visto al relojero detrás de los cristales ni haya visto salir al estudiante... ni a Cristina... No se ha visto salir a nadie.

Pero a las nueve de la noche he visto llegar a un nuevo personaje... Es la primera vez que veo a este hombre, macizo, con cuello de toro, con la frente tan baja que va arrimado a las paredes como si se avergonzara de respirar el mismo aire que todo el mundo. Lleva una gorra redonda, sin visera, y un traje informe, que parece formado a base de un saco.

Bajo el brazo lleva un cajón envuelto en un forro de piel...

Parece un ayudante de verdugo.

Por lo visto, le esperaban en casa de Norbert, porque en cuanto ha llamado a la puerta le han abierto y ha desaparecido inmediatamente...

Como es natural, he corrido a mi observatorio.

En casa de Norbert parecen muy atareados... He visto que Cristina atravesaba el jardín varias veces... Llevaba una gran bata blanca, como las de las enfermeras...

Parecía muy agitada y como que Jaime la consolase.

Ambos desaparecieron detrás del pequeño pabellón de la derecha.

Al nuevo personaje no le vi, ni vi tampoco al viejo Norbert.

Así transcurrió una hora, en el mayor silencio. A la derecha, en la planta baja del pabellón, entre las tabletas de las persianas, brillaba luz...

De pronto, el mismo torbellino negro que yo había visto salir de la chimenea cierta noche y propagarse sobre toda la isla como un velo fúnebre, ascendió sobre el tejado... Y el mismo hedor espantoso me llegó hasta la guardilla.

Aquella noche no hacía viento, era sofocante el calor y pesaba el hedor sobre uno de tal manera que le producía una impresión horrorosa.

De pronto, se abrieron las persianas de la planta baja del pabellón, y entre un resplandor de sangre cruzado de sombras, como un grabado de Goya, surgió ante mí un espectáculo que jamás olvidaré.

A la derecha parecía arder con un fuego infernal el hornillo de los experimentos, y al lado, junto a una mesa con blanco mantel sobre la que había trozos de carne humana, estaba el hombre macizo, con un delantal, con el pecho casi desnudo, con los brazos arremangados hasta el codo: unos brazos rojos, como si los hubiera hundido en entrañas sanguinolentas...

El estudiante estaba inclinado sobre el hornillo,

enrojeciendo unas tenazas que de vez en cuando examinaba.

El viejo Norbert y Cristina, más cerca de la ventana, estaban inclinados uno a cada lado de una mesa de operaciones que yo no veía por completo, y sobre la cual estaba tendido Gabriel, de quien yo no veía más que la frente y los ojos cerrados.

El resto de la cara desaparecía vagamente bajo telas, bajo una acumulación blancuzca que le ocultaba nariz y boca. En cuanto al cuerpo, me lo ocultaban Norbert y Cristina. Y desde mi pequeño observatorio asistía, con grandes dificultades, a una operación quirúrgica completamente excepcional...

Completamente excepcional, repito, porque aunque era evidente que Gabriel estaba dormido, eso no le impedía que en diversas ocasiones se levantara a medias, dando una especie de salto desordenado y feroz, para caer en seguida entre el relojero y su hija, que le cogían de manos y brazos y le devolvían a la primera posición.

Las tenazas incandescentes habían realizado tres veces su cometido.

¿Cuál era?

No se trataba sencillamente de botones de fuego ni de nada parecido, como puede suponerse.

Lo que se trabajaba y lo que yo oía requemarse era el interior del cuerpo. Luego Jaime arrojó las tenazas, y ayudado por el hombre de los brazos rojos permaneció inclinado sobre Gabriel durante un tiempo que me pareció infinitamente largo.

Cristina estaba de espaldas a mí. Yo deducía que por la manera como estaba colocada y como cogía la muñeca del paciente, no dejaba de tomar el pulso a éste, precaución primordial en una operación que me parecía prolongarse más allá de los límites ordinarios...

Por fin, el operador y su ayudante se levantaron.

Estaban tan rojos de la cabeza a los pies, que daba miedo verles.

Jaime dejó el instrumental de acero, útiles de tortura y de salvación, sobre la mesa donde poco antes se encontraban los trozos de carne humana, que yo no veía ya y que arderían en el hornillo del laboratorio, porque persistía el espantoso hedor...

Y oí que Jaime decía claramente:

—*Por esta vez, basta. Hay que hacer desaparecer toda esta sangre... Y ahora, ¡suero, suero, suero!*...

Cristina se volvió y cerró la ventana.

Ofrecía una cara completamente serena y hasta una especie de alegría parecía resplandecer en su bella frente tranquila.

En vano busqué en sus adoradas facciones la huella de la emoción, siquiera física, que le habría «volcado el corazón» durante aquellos terribles minutos...

¡Nada!...

Ella, a quien poco antes había visto tan inquieta en el jardín, había sabido tener un corazón a tono durante una operación de la que dependía la vida de la persona amada. Y había asistido como profesional a la tragedia del escarpelo y de las tenazas.

¡Oh! Por lo visto, tiene un carácter muy firme...

Es una mujer sólida. Y hablo tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista físico...

Estoy seguro de que saldrá *sonriendo* de esta aventura que hubiera podido ser sencillamente un asesinato.

Gabriel será amado, Jaime se casará y el viejo Norbert, feliz entre su hija y los dos hombres que asegurarán la dicha de la encantadora muchacha,

volverá tranquilamente a sus ruedas cuadradas...

¿Y yo?... ¿Y yo?...

Yo estoy sobre la pista del hombre de los brazos rojos y del cuello de toro, que acaba de salir.

Quizá, gracias a él, sabré por fin quién es Gabriel.

Se ha llevado el cajón forrado con piel de un color indefinible que ya le vi debajo del brazo cuando apareció.

Como se dirigiera hacia la ciudad, esperé que atravesara el puente para franquearle a mi vez. Ahora pasa delante de la Morgue, siempre con la cabeza baja y la traza tímida, avergonzado de sus andares pesados y fuertes.

La noche es hermosa. Por la plaza de Notre Dame pasean familias.

Atraviesa el Sena. Toma el negro conducto de la calle de los Bernardinos, desemboca en el bulevar Saint-Germain, marcha a lo largo de las paredes de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y vuelve a la izquierda por la calle Saint-Victor.

Una vez allí, entra en una bodega, y cuando aparece en el umbral oigo varias voces que le saludan con estas palabras:

—*¡Hola, papá Macabeo!*

La bodega es también casa de comidas... Hay gente cenando. Seguramente serán parroquianos... Mi entrada allí causará sensación... No visto con gran elegancia... ¡Bah! Me tomarán por un estudiante de medicina recientemente instalado en el barrio.

Lo principal es no perder de vista a *papá Macabeo*...

Por cierto que, sin contestar al siniestro remoque, ha ido a instalarse junto a una mesa arrinconada.

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON
ALFONSO DE PES
1896. 1898 MONTEBELLER

Por la puerta, abierta de par en par a la tibieza de la noche, veo cuanto pasa.

Por fin entro. Y los que cenan guardan silencio. Pero súbitamente dice una voz:

—¡Vaya guapo mozo!

Y noto risas ahogadas...

Como estoy acostumbrado, no paro mientes en la cosa... Mi vida sería un pugilato... Como es natural, lo que ha llamado la atención no es mi elegancia, muy relativa, sino mi fealdad... Y para que no me quepa duda, otro chusco dice:

—Oye, Carlos..., tu mujer, ¿no buscaba un amante?

Ahora ya son francas carcajadas.

Pero Carlos, que es el dueño, conserva la seriedad, único entre todos, y se me acerca para preguntarme qué deseo.

Ni he comido, si sé cómo vivo, ni sé si tengo hambre, ni sé si podré comer... Como papá Macabeo, pido un trozo de Gruyère, pan y vino.

Los que cenan intentan varias veces trabar conversación con mi hombre.

—¿Ha sido hoy la distribución, papá Macabeo?

Papá Macabeo acaba por enfadarse y, plegando el diario nocturno que leía mientras comía, mira a su interlocutor de arriba abajo, parece apreciar su esquelética estructura en su justo valor y le dice con voz dulce, que contrasta con su aspecto rudo y salvaje:

En la distribución, no daría yo de tu carroña ni diez francos, a pesar del cambio.

No cabe duda de que papá Macabeo es empleado de anfiteatro o cosa parecida.

—No te enfades, Bautista—dice el otro levantándose—. ¿No se puede gastar una broma?

Espero a que Bautista se marche. Y por la conversación de los que cenan, que son algo co-

legas, o sea empleados en los hospitales de la orilla izquierda, me entero de que Bautista es un hombre huraño, nada amigo de broma. Parece ser que se trata de un hortelano arruinado por el granizo y los usureros, y recogido por Jaime Cotentin (hablan de Cotentin con el mayor respeto), el cual lo empleó en los «trabajos prácticos» y luego se ha servido de él para sus trabajos particulares. Bautista es quien le recoge las piezas anatómicas que el estudiante necesita para sus experimentos personales. En la escuela, a ciertas horas que no son un inconveniente para nadie, han puesto a disposición del estudiante, un pabellón en el que se encierran éste y papá Macabeo. Todo ello se hace a espaldas del reglamento. Pero nadie reclama. A Jaime Cotentin se le permite todo... ¿Acaso es un genio?...